

## LA MIRADA DOCENTE ANTE EL AVANCE DE LA NEUROLINGÜÍSTICA

Laura Moharra

*"El modo en que el niño aprende a escribir sigue el camino de la apropiación individual de un fenómeno social: pero considerar individual a esta apropiación no implica reducir su aprendizaje a una actividad solitaria. Muy por el contrario, nosotros consideramos que la situación grupal que supone el aula es una situación privilegiada, cuyas ventajas debemos saber aprovechar."\**

Ana Teberosky

Infinidad de veces consideramos al docente como el individuo más capacitado para afrontar cambios, para aceptar modificaciones, para permitir el ingreso de nuevas teorías y ciencias. Por el simple hecho de conocer la fundamentación de las diferentes teorías de aprendizaje, asociamos que su aptitud para introducir modificaciones a sus propios esquemas de aprendizaje no se convertirá en una tarea ardua, que tendremos campo fértil para llevar adelante nuestra siembra.

Pero, por casualidad, los docentes somos personas normales, con tiempos normales de aprendizaje, acompañados de situaciones reales de vida, como el resto de los seres humanos.

Entonces, ante la mirada de una nueva visión sobre la apropiación de la lengua escrita, podemos reaccionar no sin cierto temor, no sin cierta parálisis, no sin cierta desconfianza.

Poder conocer cómo un niño construía lentamente su conocimiento de la lengua escrita, poder vivenciar cómo sus diferentes ideas se ponían en juego en cada aproximación, poder seleccionar qué contenidos acercarlos para estimular la adquisición, fueron aprendizajes que demandaron tiempo, adaptaciones, permisos para el error, nuevas acomodaciones.

Y así, ante lo que uno consideraba un aprendizaje acabado, hace su aparición una nueva propuesta. Diferente, movilizante, que genera nuevas acomodaciones, pero, y aquí observo la diferencia, no se muestra *expulsiva*.

Esta nueva posibilidad (no la llamaré de ahora en más propuesta por considerar que este término marca otro posible camino paralelo al ya transitado, sobre la base de las investigaciones de Emilia Ferreiro), se muestra

*aditiva*, no produce ningún enroque de teorías, sino que estimula la mirada sobre el mismo camino a recorrer pero unos cuantos pasos antes.

Resulta interesante analizar cómo reacciona el adulto receptor de esta nueva herramienta, y cómo se instala como guía de esta nueva posibilidad. Y es aquí donde debo ubicarme en mi relato en primera persona. A partir de aquí puedo narrar mis expectativas, temores, trabas.

A mis ojos, el limitado conocimiento que poseo sobre las neurociencias han hecho que nazca en mí un halo de duda. No sobre lo investigado en referencia al silablado, sino sobre mi propia capacidad para recrear un nuevo orden para lograr insertar una nueva herramienta en la construcción de la lengua escrita.

Hace muchos años, cuando en las escuelas municipales se descubrieron los estudios e investigaciones llevadas adelante por Emilia Ferreiro, el sólo hecho de pensar en la posibilidad de que un niño menor de 6 años manejara distintas hipótesis sobre lecto escritura, a muchos los espantaba. Era imposible que estos conocimientos no nacieran a partir del ingreso del niño a la escolaridad (entendiendo aquí escolaridad como el tránsito educativo que realizaba el pequeño a partir de 1<sup>er</sup> grado).

Cualquier conocimiento anterior era denegado y resistido. En verdad, el niño como imagen de "tabla rasa", era así concebido y enseñado.

Pero como todo cambio que se construye lentamente, fue cobrando primero quizás, estructura en el jardín y luego asentándose en la escuela primaria. De este modo comenzaron a gestarse paulatinamente diversas modificaciones tanto en los pensamientos como en las acciones consecuentes.

Primero en el nivel inicial, se permitió tomar lista a los alumnos escribiendo ante ellos. Luego fue el turno del arribo de carteles (es importante registrar este momento ya que socialmente en el país se estaban respirando aires de cambio, cambio que se empieza a transitar rondando 1983), escritos por el docente, y paulatinamente se dejó a los niños comenzar a garabatear las primeras letras.

Mientras esto sucedía, los docentes nos encontrábamos andamiando conocimientos que sostuvieran nuestro accionar pedagógico, pero que a la vez modificaran nuestra estructuras, adquiridas durante largos procesos de facto (otro elemento a recordar ).

En la actualidad, nuestros niños ya no se muestran esquivos a las letras ni temerosos de probar ciertos rasgos. Incursionan en los escritos como si los mismos no fueran jeroglíficos, como si los hubieran manipulado siempre.

En la actualidad y pese a la invasión desmesurada de estímulos visuales y tecnológicos (televisión, video juegos), los niños tienen una mayor libertad para acercarse a los libros. Se hunden en sus páginas, bucean en sus imágenes, narran historias inventadas con la misma soltura que podría emplear un adulto al leer.

Y es aquí que observo que mi rol docente ha variado. Que con el correr de estos años les he dado cabida y he fomentado el vínculo entre los pequeños y la lengua escrita, he estimulado esa relación desde la sala de los más pequeños del jardín, los que tienen 3 años y ya "saben leer".

He sostenido a las familias en su apropiación de la lengua escrita, en algunos casos, adaptando mis mensajes para que cumplieran su función: transmitir información. He ofrecido a los padres herramientas variadas para que manipulen en casa, junto con sus hijos, y todos logren disfrutar. Los he conectado con los libros de nuestra biblioteca circulante, para que pudieran compartir historias, textos, sentimientos, momentos.

Todo ese bagaje de acciones que he generado, no salieron como ya dije, de la noche a la mañana. Requirieron de mi parte estudio, apropiación, experimentación, análisis y ajustes.

Soy consciente que al conocer esta nueva posibilidad de acercar a los niños a la lengua escrita cierta adrenalina comenzó a correr por mí. Esa que me demuestra que por suerte no está todo hecho, que por suerte no todo se sabe, y que el avance tecnológico puede aportar a la educación una nueva mirada, y abrir una nueva ventana. La misma que pone en mí la duda de si sabré encarar el desafío, si equivocaré mi camino, y qué estrategia emplearé.

Las dudas que esta posibilidad han abierto son muchas. Comenzando por analizar como docente cómo podría hacer para acercarles este material a los niños. Sé que no es desestructurar para volver a estructurar, sino que es, como ya dije, empezar unos pasos antes.

Lo que más me ha costado en este nuevo acercamiento ha sido el modo de implementar la actividad en la sala. Llamativamente comencé mi trabajo con el grupo más pequeño de edad que poseo: los nenes y nenas de 3 años. A ellos les acerqué, con bastante temor al principio, las primeras hojas para leer del silablado. Al comienzo el grupo reaccionó con desconcierto, ya que las letras nada significaban para ellos. Cabe destacar, que este grupo viene empleando su nombre en carteles de distinto tipo a fin de ir construyendo la idea de escritura.

Vale la pregunta al respecto, si no fue el tipo de presentación, o el temor que yo misma tenía, lo que mantuvo a los niños alejados, dubitativos y preguntándose qué hacían. Hasta que pude encarar con diversos intentos la actividad, me sentí una fracasada. No lograba estimular a los niños, y no tenía muy claro qué buscaba.

Pero en cierto momento, y ante mi mirada de incredulidad, mi grupo, que ya tenía a la vista las páginas de lectura de las primeras actividades, decidió mostrarle a una de las auxiliares de maestranza que concurren a la sala diariamente, cómo sabían leer. Cada nene o nena, se acercó a alguna de las hojas que estaban a su alcance (a medida que el material iba siendo presentado, lo colocábamos a la vista de todos en un libro con folios, para que pudiera ser visto y leído por todos cada vez que tuvieran ganas. Se iban retirando algunas láminas, para darle lugar a otras nuevas, y con ello lograr modificar el centro de interés de los niños)

Fue realmente maravilloso verlos seguir con su dedo la secuencia de sílabas, en forma dinámica y alegre. Realmente en ese momento me emocioné, pero es el día de hoy que no salgo de mi asombro al observar lo que pude ayudar a construir a estos niños. Es claro que no todos se han conectado del todo con la propuesta. De hecho yo era la primera persona reticente a la misma, cosa que debo haber transmitido en mis primeros acercamientos a los niños. Igualmente este trabajo hecho en sala permite a aquellos pequeños a los cuales aún no les llama la atención la actividad de lectura, ir acercándose con pasos lentos ante el avance, quizás más seguro, que hacen sus compañeros. Ya alguno que otro pequeño se ha ido animando a intentar leer, aunque sea para adentro, y siguiendo con el dedo, alguna de las actividades.

También es importante destacar que esto ha generado que algunos niños, que a los 3 años todavía se comunican con un hablar bebificado –empleando más de una vez palabras frases, o aún, haciendo uso de señas y monosílabos–, comencaran a intentar hablar un poco más fluido. Ante el juego propuesto, leer conjuntamente entre ellos y yo, pero de manera individual, las hojas de actividad, los mismos se mostraron más seguros, desinhibidos y participaron sin dudas.

Pude observar como se sentían orgullosos de sus logros, y esto redundó en una mayor seguridad en su hablar ante los demás. Esta desinhibición también generó una lenta pérdida de la vergüenza que había surgido de manera natural cuando se iniciaron en el grupo con sus pares.

Considero que aún necesito buscar otros elementos para acercar el silablado a los niños. Creo que lo que mis alumnos me devolvieron “accidentalmente” es una prueba importante de que existe algo más por

trabajar aún en lecto-escritura. No para volver a mis alumnos más brillantes, sino para despejarles una piedra del camino. Hacerlos sentirse seguros sobre una herramienta que desconocen, pero que les resulta familiar, es quitarles de por sí un gran peso de encima.

\*TEBEROSKY, A: "La intervención pedagógica y la comprensión de la lengua escrita", Lectura y vida, Buenos Aires, Año 5 N° 4, diciembre 1984